

# Alaska<sup>1</sup>

Orlando Luis Pardo Lazo  
www.in-cubadora.org

24.

Las pertenencias de un hombre muerto hacen de él un desconocido. Nada encaja, nada se conecta con nada, falta la fuente de sentido que hacía algo único de cada objeto. La propiedad es la persona.

Orlando revisa su librero con la sensación de haberse muerto mañana. Sus libros maniacamente subrayados. Libretas de primeros capítulos que apenas pasaron de la primera página. Cartas de amor. Algunas románticas hasta el ridículo. Algunas arrebatadas al punto de enviar su semen seco sobre el papel, y un manantial de vulva excitada como respuesta. Discos compactos, casi todos con fotos puntualmente pornográficas (si es que puede serlo lo que se piensa para el placer y no para su exhibición). Postales, recortes de la prensa oficial, piedrecitas de ríos cubanos, monedas de cualquier otra parte.

Le queda menos de una madrugada para despedirse de todo y destruir lo imprescindible que no puede quedar en manos de su madre, y que podría caer entonces durante un registro —o un robo— en manos de la Seguridad del Estado.

A las doce y algo de la medianoche lo llamaron desde Manhattan.

—¿Todo ya listo, chico listo?

Era Ted, el más cubano de los académicos no cubanos. O tal vez el menos norteamericano de los académicos cubanos.

---

<sup>1</sup> Fragmento inédito de una novela en proceso...

Ted hablaba en traducciones. Su corrección era cómica. Nadie pensaba a Cuba más persistentemente que él: un chico bueno que habían expulsado de la Isla en 2011, cuando se equivocó de entrevistados y unos blogueros a sueldo de la Universidad de Matanzas lo delataron a la policía política.

Orlando no le pudo responder enseguida. Él también era bloguero, de los malos. De los que querían una Primavera Árabe en Al-habana, según la propaganda del gobierno en internet y televisión. De los que pedían una riada de drones con cada post (de hecho, ese era uno de sus sueños insufribles de infancia: oír las sirenas y salir corriendo de la escuela, sin decidirse a quién debía salvar primero en su casa).

Orlando fingió que la llamada tenía interferencias. Dijo en inglés:

—Please, wait —y trató de no derrumbarse en el pasillo de la casa de Lawton entre su biblioteca en estampida y el jardín de espárragos, lirios, begonias, brujitas, diez del día, y, por supuesto, rosas.

Tenía deseos de llorar. Todas las noches tenía muchos deseos de llorar. Pero nunca lo hacía. Algo se le coagulaba entre los pómulos y la garganta. Una bola física, indolora. Llegó a pensar que estaba enfermo. Que iba a terminar ingresado en un hospital donde los guardias de civil le harían lo mismo que a Laura Pollán, la líder de las Damas de Blanco, que llegó con fiebre y la anestesiaron con la complicidad criminal de médicos y familiares.

Orlando llegó a pensar que nunca volvería a ver sus libros remanentes en la esquina de Fonts y Beales. Y que tampoco alcanzaría a desmayarse ante el perfil canónico de Manhattan, ahora sin los colmillos de las Twin Towers.

—Don't worry. Mañana en tu yuma, Yuma —intentó lo que intentan siempre los cubanos cuando se convencen de su derrota: una humorada patética—. Cuelga, que es caro, y mejor ahorra para cervezas.

Volvió a su estante. Era mucho más grande de lo que lo recordaba antes de la llamada. Las hojas del índice hecho a mano iba ya por una veintena. Sumaban poco más de mil

títulos. El último era uno del propio Orlando. Boring Home: así, en inglés, pero publicado por los checos en español, tres o cuatro años atrás.

Los checos, cuando no son comunistas, son incluso mejores cubanos que Ted. Con ellos no había casualidad. Supuraban un anticastrismo chapurreado, y eran bellos y libres como los dioses de la antigüedad. Por eso en el aeropuerto de La Habana también los expulsaban en masa, porque se les notaba su orgullo contrarrevolucionario e importaban indeteniblemente sus donaciones de cámaras, discos duros, memorias flash y laptops.

Orlando buscó con la vista la colección casi completa de su querido Milanku. Ensayos, novelas, cuentos, teatro. Cada año él lo nominaba y le confería de paso el Nobel de Literatura al viejito de Brno, nada menos que en su propio cumpleaños cubano: el 10 de diciembre, para colmo el Día Internacional de los Derechos Humanos.

Milanku no se merecía ser abandonado a su suerte en la Isla. Orlando fue con él al patio, con ellos. Los roció con luz brillante. Les tiró un fósforo. Verlos arder le alivió en parte su angustia. Recordó: quemar era un placer; un placer especial ver las cosas carcomidas, negras, transformadas...

Fahrenheit 351. Cinco de marzo a la una de la última madrugada cubana. El mundo acabándose y él pensando en la literatura. Así debió sentirse Nerón. Orlando era feliz. En su cuarto de anciana que se quedaba sola de por vida, su madre roncaba la pesadilla de los justos.

A lo mejor María se veía otra vez niña y con los dientes podridos en el capitalismo del campo cubano, sin escuela pero con un aulita de muñecas hechas con tusas de maíz, oyendo aterrada las sirenas y luego el bombardeo de las avionetas, apretando mucho los muslos hasta orinarse, pero aún sin poder decidir a cuál de sus hijitas poner a salvo primero, antes de correr hacia el bajareque de sus padres.